

maronitas, los cuales han practicado exposiciones del Sacramento, y en nuestros días poseen custodias magníficas.

596. Réstanos hablar del palio eucarístico. Éste, que también se llama baldaquino, es apellidado por Inocencio III, *Conopeum*, mosquitero, *Umbella*, quitasol y *Mappula*, mantelito, siendo en resumen una especie de gran dosel sostenido por ocho ó cuatro varas para preservar al Sacramento, y al sacerdote que lo lleva, del sol y demás inclemencias del tiempo. Sin duda alguna se usaba en la antigüedad para conducir el Viático á los enfermos, y en las procesiones de la Eucaristía que solían hacerse en aquellos tiempos. Cuando se introdujo la procesión general del Corpus se adoptó el palio, construyéndolo de mayores dimensiones á fin de que cupieran debajo de él las grandes custodias, los carros y andas eucarísticas que dejamos dicho. Á fines de la Edad Media se usaban ya palios como los que tenemos ahora, con poca diferencia, pues aunque el Ritual Romano no lo mencione, empero se ocupa del mismo el Ceremonial de Obispos (1) y los escritores más antiguos que trataron de las procesiones del Corpus (2).

(1) Cap. XXIII.

(2) Véase lo que diremos del mismo utensilio en la Edad Moderna.

CAPÍTULO XV

SUMARIO

597. El Jueves y Viernes santo en la Edad Media. Observaciones preliminares.—**598.** Número de Misas que se celebraban en este día.—**599.** Ritos y ceremonias de la Misa del Jueves mayor.—**600.** Percusión alegre y absoluto silencio de las campanas.—**601.** Algunas particularidades sobre la Misa de este día.—**602.** Comunión general.—**603.** Pormenores.—**604.** Monumento.—**605.** Procesión.—**606.** Se custodiaba también el Sangüis.—**607.** Viernes santo.—**608.** Comunión en este día.—**609.** En España, antes del Concilio IV de Toledo, no se celebraban los oficios del Jueves y Viernes santos.—**610.** Ley de Alfonso X para que en sus dominios se celebrase con toda solemnidad la fiesta del Jueves santo.

597. Preciso era que la Iglesia de la Edad Media continuase las costumbres de su antecesora, la Edad Antigua, aunque, como más experimentada que ésta en el celo por la gloria de su Fundador divino, modificase algunas cosas que no le pareciesen convenientes. Vimos, al hablar del aniversario de la Eucaristía en los primitivos tiempos, que, en general, la liturgia del misal romano es casi la misma que la de aquella época. Vimos también la hora en que comenzaba la celebración del Sacrificio y ahora nos place declarar que en la Edad que recorremos se solemnizaba á la misma hora. Nos entretuvimos igualmente en averiguar el número

de misas que tenían lugar en este día, y, al tratar esta misma cuestión en la Edad Media, encontramos que:

598. Al paso que unas iglesias, como las del África, proseguían la costumbre de celebrar dos misas, una por la mañana, por los que ayunaban, y otra por la tarde, en atención á los que no practicaban tal observancia, había otras que celebraban las tres allí referidas. Iglesias hubo que solemnizaban á más de éstas, otra por los bautizados; (1) mas en el Pontifical de *Poitiers*, redactado hace más de 1000 años, hay insertadas cinco clases de misas; de las cuales, la 1.^a era por un penitente; por muchos la 2.^a; la 3.^a, por los que debían ser bautizados; la 4.^a, la en que se confeccionaba el santo crisma, y la 5.^a la del aniversario de la Eucaristía, en la cual todos comulgaban; aunque cada una de dichas misas era celebrada en diverso templo. Una costumbre particular existía por estos tiempos en París y en otras iglesias de Francia, según la cual, los presbíteros no comulgaban de manos del Pontífice, ó celebrante, sino que decían cada uno una misa privada antes de la Mayor.

De paso, advierto que lo que voy explicando respecto del presente asunto, quedará dicho para la Edad Moderna, por cuya razón no será necesario tocar este mismo asunto en aquel lugar.

599. La santa Iglesia no ha perdonado fatiga alguna con objeto de tributar en el día de Jueves Santo un culto espléndido á la Sagrada Eucaristía. El ceremonial de Obispos (2) quiere que antes de dar comienzo á la Santa Misa, estén todas las cosas dispuestas y colocadas en su lugar y orden respectivo. Prescribe que se adorne una de las capillas de la iglesia todo lo más hermosa y ricamente posible; que se engalane con muchas luces, y que en el altar en que se ha de reservar el Santísimo Sacramento ardan seis velas por lo menos. Ordena también, que esté dispuesto un palio blanco ornadísimo, según la posibilidad de cada iglesia; dos incensarios con sus navetas; dos velos, uno pequeño para cu-

(1) Códic. Sículo; apud Morinum, de poenit.

(2) Lib. II, cap. 23.

brir el cáliz en que ha de ir el Sacramento, y otro mucho mayor para ser colocado en los hombros del Obispo mientras lleva el Santísimo; dos hostias que han de ser consagradas, una para consumirla el celebrante el Jueves, y otra para ocultarla en el Monumento; un copón mayor para las pequeñas partículas, que se han de distribuir en la Comunión general; velas para el clero y asistentes, y los demás ornamentos necesarios para la misa.

Dispuestos todos los requisitos mencionados, comenzaba la liturgia solemne del Sacrificio. En ella desplegaba la Iglesia sus mejores galas; su numeroso personal, ataviado con los mejores ornamentos blancos, la asistencia de las autoridades civiles con sus lindos uniformes, el aspecto festivo del altar y de todo el templo, daban magnífico realce á la Festividad. Semejaba á un día de cumplido regocijo.

600. Los sagrados bronce, que de allí á pocos momentos iban á enmudecer para no resonar hasta el sábado santo, anunciaban que aquel día era grande y festivo; pero que ocultaba un triste y fatal sentimiento que embargaría todos los ánimos y cambiaría repentinamente la religiosa escena. La institución del más encantador de los dogmas, del más bello de los Misterios, es el objeto de tanto entusiasmo; la pasión y muerte del Hijo de Dios, empezada en aquel mismo día, es lo que excitará sentimientos desconsoladores.

601. Pero exponamos siquiera algunos pormenores referentes á esta Misa. Sabemos que, al entonar el celebrante el *Gloria in excelsis*, son puestas al vuelo todas las campanas de la torre, se pulsan las del templo y suena fuerte y alegremente el órgano, dando á entender la alegría de que está inundada la Iglesia al ver instituída la divinísima Eucaristía. Sin duda, esta costumbre se practicaría en algunos lugares antes que lo prescribiese, á mediados del siglo IX, el pontífice Nicolao I; lo cierto es que, según afirma Benedicto XIV (1), en muchos rituales antiquísimos estaba ordenada, como también la práctica de no pulsar más las

(1) De festis, cap. 6—n.º 48.

campanas hasta entonar de nuevo el *Gloria in excelsis* el Sábado santo. Así lo estableció posteriormente la Iglesia, optando en su lugar por las matracas ó carracas que debían emitir el áspero y sordo ruído para convocar al clero y al pueblo á los divinos oficios, significando, al propio tiempo por ellas, el riguroso luto de que estaba poseída la Esposa de Aquel Señor que sufría muerte de cruz por salvarla.

La espístola de este día está tomada del apóstol S. Pablo, ocupándose de la institución del Santo Sacramento y de los efectos que produce este Misterio en los que le reciben. Después se procedía á la reconciliación de los penitentes, según se ejecutaba en los primeros tiempos, práctica que en nuestros días ha desaparecido por completo. El evangelio que la seguía, habla del lavatorio de los pies; todo lo demás era como antiguamente, esto es, como la misa ordinaria, á excepción de la consagración del óleo de enfermos que es practicada antes del *Per quem hæc omnia Domine semper bona creas*, y la del santo crisma y óleo de catecúmenos que tiene lugar terminada la Comunión general. Algunas iglesias particulares gozaban de varios especiales ritos. Entre ellas, merecen especial mención las que usaban los antiguos códices Regio, Novión, Gelón y de Reims, los cuales disponen que si el celebrante no es obispo, se debe omitir la salutación que se acostumbra recitar antes de la oración, y decir solamente *Oremus*. El canónigo Benedicto de S. Pedro añade, que mientras el Pontífice predicaba á los cardenales, era desnudado el altar, apartada la mesa y colocada en lugar seguro: afirma asimismo, que sólo el Pontífice podía entrar al altar para ofrecer el Sacrificio santo (1).

Más peregrino es todavía lo que se halla en un antiquísimo Orden Romano, publicado por Martene. Léese que en este día no se cantaban el introito, el responsorio ó gradual, el evangelio, el símbolo, ni se saludaba tampoco al pueblo con el *Dominus vobiscum*.

Respecto de la ceremonia de la paz, vimos que estuvo

(1) Apud Martene, lib. IV, cap. 22, §. VI.

prohibida desde los primitivos tiempos, en atención al beso traidor de Judas; esta costumbre siguió generalizándose en muchas diócesis, mas en otras se practicaba lo contrario. París y Turón fueron ejemplo de estas últimas; otras iglesias, aunque no practicaban semejante ceremonia, empero la permitían cuando el celebrante estaba revestido del carácter pontifical (1).

COMUNIÓN GENERAL

602. Jesucristo había instituido en el Jueves mayor el Santísimo Sacramento; de Él habían participado en el mismo día los apóstoles y discípulos; la Iglesia primitiva adoptó, si no por ley, al menos como inmemorial, la saludable costumbre de comulgar á imitación de los primeros hijos adoptivos del Salvador. Con semejantes antecedentes ¿qué es lo que no debía practicar la Iglesia de la Edad Media? ¿Abandonaría tan laudable y provechoso ejercicio? De ninguna manera. Ya reseñamos que la recepción del Cuerpo y Sangre del Redentor estaba en los primitivos tiempos generalizada durante el Jueves, Viernes y Sábado de la Semana santa. Acerca de este particular la Iglesia de la Edad Media, si no varió de disciplina, tuvo al menos algunas excepciones.

603. En el Ordinario Casanense, renovado el año 1387, se lee que los canónigos y los hermanos no comulgaban en el Jueves santo, con motivo de la afluencia de pobres y huéspedes que al monasterio acudían; la Comunión general tenía lugar al día siguiente, y la que debía haberse practicado el Jueves se anticipaba al domingo primero de cuaresma. Á pesar de todo, permitían que comulgasen los devotos. Algunas iglesias dejaban al arbitrio de cada fiel la práctica de que hablamos. El Ordinario Angevino mandaba que tuviera lugar la Comunión general, mientras eran cantadas vísperas. En Poitiers, los penitentes nuevamente reconciliados eran los primeros después del clero en llegarse á

(1) Martene, loc. cit.

recibir el Cuerpo de Cristo. El orden litúrgico de Roán (Francia) prescribía que el Obispo celebrante debía guardar parte del Sangüis para hacer también partícipes á los demás clérigos. Los griegos conservaron por mucho tiempo la costumbre de conducir la Eucaristía á los domicilios de los que no habían asistido á la Comunión General.

MONUMENTO

604. Tres hostias, dijimos, se consagraban en algunas iglesias, y la segunda de aquéllas debía ser reservada en el Monumento en memoria del tiempo que estuvo el Señor en el sepulcro. Las capillas en las que la sagrada Hostia debía estar reservada durante veinticuatro horas, ni se aderezaban generalmente, al principio de la Edad Media, en un mismo lugar, ni de un mismo modo, antes bien, cada una de las iglesias disponía el Monumento arbitrariamente, guardando siempre la sencillez y ornato que convenía. Mientras que en unos lugares colocaban la Sagrada Hostia á un lado del altar en que eran celebrados los divinos oficios, en otros la reservaban detrás de él, ó en una de las capillas laterales del templo. Ya dejamos dicho lo que, sobre este punto, prescribe el Ceremonial de los obispos.

605. Reseñado el lugar donde fué colocado en este día el Santísimo Sacramento, cumple indicar el modo con que le conducían. Antes que el celebrante pasara á distribuir la Comunión á los fieles, los diáconos habían presentado á aquél un cáliz al que adaptaban la patena que contenía la Santa Hostia, y sobre aquél y éstos colocaban un velo blanco. Terminada la Misa, y depuestos la casulla y manípulos, tomaba el celebrante la capa pluvial, y adorando al Santísimo, le incensaba tres veces; luego de haber recibido el velo de hombros, el diácono entregaba la Santa Hostia al obispo, quien, levantándose del suelo, comenzaba á dirigirse bajo palio, y precedido del clero, que llevaba hachas encendidas, al lugar del Monumento. Los cantores entonaban el *Pange lingua*, y una vez que llegaba la procesión á la capilla destinada, el diácono tomaba el Sacramento y lo dejaba encima del

altar. Luego de nueva incensación como antes, aquel ministro tomaba el Santísimo y lo depositaba dentro del sagrario, cerrándolo con llave. Después de incensado, el obispo concedía la bendición al pueblo, se publicaban las indulgencias y se retiraban todos en silencio. Hasta aquí en compendio el Ceremonial de los obispos (1).

Diferentes, pero más sencillas, quizá por ser más antiguas, eran las ceremonias que usaban algunas iglesias y que he hallado en Martene. He aquí lo que exhibe el ordinario de la Iglesia de Reims: «Después de la recepción de la Eucaristía, el coro canta el *Communio Dominus Jesus*. Al propio tiempo, uno de los diáconos toma el Cuerpo del Señor y lo envuelve en un lienzo muy limpio. Puesto de frente hacia el pueblo dice en alta voz: *Hoc corpus quod pro vobis tradetur*: Éste es el cuerpo que es entregado por vosotros; y así prosigue hacia la capilla donde lo deja custodiado hasta el día siguiente.» El antiguo ritual de S. Martín de Tours revela, que después del *Pater noster* comulgaba el sacerdote celebrante, quien, precedido del diácono y subdiácono, con velas en las manos, iba y depositaba el Sacramento del altar.

El Ordinario de Roan añade, que el Señor era colocado mientras se cantaban vísperas, detrás del altar, y que continuamente debía arder ante Él una lámpara. No en este lugar, sino en otro muy especial y custodiado, mientras estuviere el Sacramento, por un diácono, era el que prescribía el misal tolosano. La procesión tenía efecto cuando empezaban vísperas, y el obispo era precedido del clero, que llevaba velas en la mano y con mucho cortejo de ministros sagrados; mientras duraba este acto el clero cantaba por *Communio* las palabras consagradorias del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

En nuestros días, particularmente en las capitales y poblaciones grandes, el Monumento es dispuesto en una capilla lateral, ó en la parte interior del frontispicio de la iglesia, y

(1) Lib. II, cap. 23.